

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

La gran jugada.

La puerta se abrió brusca, autocráticamente, estableciendo de un extremo al otro de la agencia una corriente de aire, que infló los velos azules, los *mackintosh*, agitó las facturas entre los dedos de los empleados y las vaporosas plumas de los casquetes de viaje. Le tendieron las manos, las frentes se inclinaron: J. Tom Levis acababa de entrar. Una sonrisa alrededor, dos ó tres órdenes dadas con brevedad á los oficiales de contabilidad, un minuto para preguntar con entonación extraordinariamente exultante «si se había hecho *la envía* del príncipe de Gales,» y ya se hallaba en su despacho, mientras los empleados se señalaban el uno al otro con guiños significativos el extraño buen humor de su principal. La tranquila Séfora también lo comprendió así, detrás de su verja, y preguntó en tono dulcísimo al ver entrar á Tom:

—¿Qué hay?

—Mucho,—dijo el otro con su silenciosa risa y su revolver de ojos de las grandes ocasiones.

Hizo una seña á su mujer.

—¡Ven!...

Y los dos bajaron los quince estrechos y pendientes escalones, forrados de cobre, que conducían á un gabinetito en el subsuelo, muy coquetamente entapizado, con un divan, un tocador-princesa, alumbrado constantemente con gas, porque el pequeño tragaluz que daba á la calle Real estaba cerrado con un grueso cristal deslustrado, proporcionando, por lo tanto, muy poca claridad. De allí se pasaba á las cuevas y al patio, lo cual permitía á Tom entrar y salir sin ser visto, para evitar el encuentro de los importunos y acreedores, á quienes en argot (caló) parisiense se les llama *traviesas*, es decir, personas ó cosas que impiden la libre circulación. En asuntos tan graves como los de la agencia, aquellos ardidés de indios Comanches eran indispensables. Sin ellos se gastaría la vida en discordias y cuestiones.

Los más antiguos empleados de Tom, gentes que lo servían hacia cinco ó seis meses, jamás habían bajado á aquel misterioso subsuelo, en el que únicamente Séfora tenía derecho á penetrar. Era el refugio íntimo del agente, su interior, su conciencia, el capullo de donde salía algunas veces transformado, algo como el vestuario de un actor, al que en aquel momento se parecía más que nunca, con un mechero de gas iluminando el mármol, las colgaduras artísticamente enrolladas en el tocador y la extraña mímica á la que se entregaba J. Tom Levis, agente de los extranjeros. Rápidamente abrió su largo saco inglés, lo arrojó lejos de sí, se quitó un chaleco, luego otro, luego otro, los chalecos multicolores del payaso del Circo, desarrolló los diez metros de muselina blanca que formaban su corbata, las varas de franela superpuestas alrededor de su cintura, y de aquella magestuosa y aplopéica humanidad que corría todo París en el único *cab* conocido en aquella época, salió de repente, con un «uf» de satisfacción, un hombrecillo seco y nervioso, delgado como una bobina destornillada, horrible intestino del París quincuagenario, que le hubiera creído salvado del fuego, extraído de un horno

de yeso, por sus arrugas, cicatrices y costurones desvastadores de aplicaciones vitriólicas, y sin embargo de esto demostraba el aspecto juvenil, pillastre, del antiguo *móvil* del 48, del verdadero Tom Levis, es decir, de Narciso Poitou, hijo de un carpintero de la calle de Orillon.

Criado entre las virtudes del taller de su padre hasta los 10 años, de 10 á 15 educado en la Escuela Mútua y en la calle, esta gran escuela al aire libre, Narciso había sentido despertarse en él desde muy temprano el horror al pueblo y á los oficios manuales, al mismo tiempo que una imaginación devoradora, que el torrente parisien, con todo lo que arrastra de eterodito, alimentaba mejor que pudiera hacerlo un viaje alrededor del mundo. Niño aún, combinaba proyectos, negocios. Más tarde, esta movilidad del sueño le impedía fijar sus fuerzas, hacerlas productivas. Viajó, emprendió mil oficios. Minero en Australia, *squater* en América, cómico en Batavia, polizone en Bruselas, después de haber contraído deudas en ambos mundos, dejado trampas en los cuatro extremos del universo, se instaló de agente de negocios en Londres, en donde vivió largo tiempo y donde hubiera podido establecerse con éxito, sin su terrible imaginación insaciable, siempre buscando, imaginación de voluptuoso, saboreando perpétuamente el placer venidero, que lo lanzó en la negra miseria británica. Aquella vez rodó hasta el fondo y fué cogido una noche en Hide-Park, cuando se entretenía en robar los cisnes del estanque. Algunos meses de prisión acabaron de disgustarle de la libre Inglaterra y volvió al estado de bohemio, á surcar el ancho empedrado parisien, de donde había salido.

Un capricho fantástico, unido á sus instintos de payaso, de cómico, fué lo que le hizo naturalizarse inglés en París, cosa sumamente fácil para él por su conocimiento de las costumbres, lenguaje y mímica anglo-sajonas. Esta transformación le ocurrió súbitamente, en un minuto, en su primer «gran golpe» de entrometido (de agente de negocios).

—¿A quién debo anunciar?...—le preguntaba insolentemente un gran canalla de librea.

Poitou se vió tan raido, tan triste en la vasta antecámara, temiendo verse arrojado de allí antes de ser oído, que experimentó la necesidad de engrandecer todo aquello por algo de anormal y excéntrico.

—¡Aôh!... anuncia Sir Tom Levis.

Y de repente se sintió lleno de aplomo bajo aquel nombre improvisado en un segundo, bajo aquella nacionalidad prestada, cuyas particularidades y manías se esmeró en perfeccionar, sin contar que aquel mismo esmero y atenta vigilancia sobre su acento, sobre su aspecto, pronto corrigieron su exuberante charla, permitiéndole inventar farsas mientras aparentaba buscar palabras.

¡Cosa extraña! De todas las innumerables combinaciones de aquel cerebro lleno de proyectos, ésta, la ménos buscada de todas, fué la que mejores resultados dió. A ella le debió el conocimiento de Séfora, que entonces tenía, en los Campos Elíseos, una especie de *Family Hotel*, bonita casa de tres pisos, cortinas rosadas, pequeña escalinata sobre la avenida de Antin, entre anchos asfaltos adornados de mirtos y flores. La dueña de la casa, siempre perfectamente arreglada, presentaba en una ventana del entresuelo su tranquilo y divino rostro, inclinado sobre algun trabajo ó sobre su libro de caja. El interior estaba ocupado por una sociedad bizarramente exótica; clowns, copleiros, gimnastas, tratantes de caballos, la bohemia anglo-americana, la peor de todas, la escoria de los *placeres* (1) y de las ciudades, del juego. El personal femenino se reclutaba entre las parroquianas de Mabille, cuyos violines se oían muy cerca todas las noches de verano, mezcladas á las disputas del hotel, al estridente ruido de los dados y de las monedas, porque allí se jugaba furiosamente después de comer. Si, por casualidad, alguna

(1) Se llaman así en América los criaderos de oro.—(N. del T.)

honrada familia extranjera, deslumbrada por lo engañoso de la fachada, llegaba á instalarse en casa de Séfora, lo extraño de los inquilinos, el tono de las conversaciones la arrojaban pronto de allí, el primer día, asustada, con sus maletas deshechas apenas.

En medio de aquellos aventureros, de aquellos industriales, maese Poitou, ó más bien Tom Levis, el pobrecito inquilino que habitaba en las guardillas, conquistó bien pronto una situación por su alegría, su actividad, su práctica en los negocios, en todos los negocios. Colocaba el dinero de los criados, y ganaba para ellos la confianza de su ama. ¿Y cómo no la hubiera obtenido con aquella cara abierta y corriente, aquel ingenio infatigable que hacía el convidado indispensable en la mesa redonda, encendiendo la lámpara, arreglando el mantel, director general de todas las apuestas y de todas las comidas?

Fria y reservada para todos, la bella dueña del Hotel, sólo tenía confianza con M. Tom. Muchas veces, despues de almorzar, al entrar, al salir, éste se detenía en el despacho del Hotel, gabinete sumamente aseado, todo lleno de espejos y lujosamente alfombrado. Séfora le enteraba de sus negocios, le enseñaba sus joyas y sus libros, le consultaba sobre la comida del día ó sobre los cuidados que debían darse á su magnífico *arum* en flor, que bañaba en una maceta de porcelana de Minton. Se reían ambos de las cartas amorosas, de las proposiciones de toda clase que ella recibía, porque era una belleza á quien el sentimiento no alteraba. Sin temperamento, ella conservaba su sangre fria en todo y por todo; trataba la pasión como negocio. Generalmente, se dice, que sólo se cuenta el primer amante, el de Séfora, el sexagenario escogido por el tío Leeman, había helado su sangre para siempre y pervertido su amor. No veía en aquello más que el dinero, así como también la intriga, el ardid, el tráfico; aquella admirable criatura había nacido en el negocio, y sólo para el negocio. Poco á poco se formó entre ella y Tom un estrecho lazo, una amistad de tutor á pupila. Tom la aconsejaba, la

guiaba siempre con una destreza y una fertilidad de imaginación, que hacía revivir aquella naturaleza quieta y metódica en que el fatalismo judío se mezclaba al pesado temperamento de Flandes. Jamás inventaba nada, nunca pensaba cosa alguna, todo era cosa del minuto presente, y el cerebro de Tom, aquella rueda de fuego siempre encendida, debía desvanecerla. El golpe de gracia para ella fué oír á su huésped una tarde que había charlado de la manera más cómica durante la comida, decirle al oído al tomar su llave en el despacho del Hotel;

—¡Con todo esto, maldito si soy inglés!

Desde aquel día ella se enamoró, ó más bien—porque los sentimientos no se evalúan más que por la etiqueta,—se encaprichó por él, como una mujer del mundo se encapricha por el cómico á quien sólo ella conoce, fuera de las tablas, sin colorite, sin el traje, tal como es y no tal como aparece á los demás; el amor siempre tendrá privilegios. Verdad es que los dos salían del mismo arroyo parisien. Séfora había ensuciado en él los bajos de sus vestidos y Narciso se había revolcado: así es que ambos conservaban la mancha y el gusto del lodo. La marca de su procedencia, el pliegue crapuloso que servía de lazo á la fisonomía sarcástica del bohemio y que alguna vez levantaba una punta de la máscara del inglés, Séfora sólo los dejaba ver como por destellos en las líneas bíblicas de su rostro, las encontraba en su ironía, en la risa canalla de su boca de Salomé. Este amor extraño entre la bella y el monstruo, se había acrecentado á medida que la mujer entró más y más en la vida del payaso, en la confianza de sus ardidés, de sus monerías, desde la invención del *cab* hasta la de los chalecos múltiples, por medio de los que J. Tom Levis, no pudiendo crecer, ensayaba al ménos parecer majestuoso; desde que ella se asoció á aquella existencia imprevista, tempestuosa, giratoria, de proyectos, de sueños, de grandes y pequeñas jugadas. Y este hombre-mono era tan perfecto en su clase, que despues de diez años de matrimonio legítimo y prosáico, la divertía y la encantaba aún como en

los primeros tiempos de su encuentro. Para convencerse de ello hubiera bastado verla aquel día arrojarse en el diván del saloncillo, torciéndose de risa, gritando alegre y extasiada: «¡Qué tonto es! ¡qué tonto es!» Mientras que Tom, en calzoncillos y camiseta de color, reducido á su expresion, la más sóbria, calvo, anguloso, huesudo, se entregaba delante de ella á una danza frenética, con gestos exagerados y pataleos rabiosos. Cuando los dos se cansaron, ella de reir y el de saltar, Tom se arrojó á su lado en el diván, acercó su hocico de mono á aquella cabeza angelical, arrojándole su alegría en el rostro:

—¡Derrotados los sprich!... ¡Desbancada toda la Sprichtalla! ¡He hallado la jugada, el gran golpe!

—¿De verdad?... ¿Quién, pues...?

El nombre que pronunció produjo en los lábios de Séfora una linda mueca de desden.

—¡Cómo, ese gran aguilucho!... ¡Si ya no tiene un cuarto! Lo hemos esquilado, afeitado tanto á él como á su leon de Iliria... Ya ni vello le queda en el lomo.

—No te burles del leon de Iliria, hija mia... Sólo la piel vale doscientos millones,—dijo Tom recobrando su flemma.

Los ojos de la mujer lanzaron un relámpago. El repitió, apoyando sobre cada sílaba:

—¡Doscientos millones!

Luego, franca y tranquilamente, le explicó la jugada. Se trataba de hacer de modo que Cristian II aceptase las proposiciones de la Dieta, y cediese sus derechos á la corona por el buen precio que se le ofrecía. En suma, ¿qué habia de obtenerse? Que pusiese una firma, nada más. Cristian, solo, se hubiera decidido á ello hacia mucho tiempo. Era su camarilla, la reina, sobre todo, quien le detenía, quien le impedía firmar la renuncia. Preciso era, sin embargo, llegar á aquel extremo un día ú otro. Ya no habia un cuarto en la casa. Se debía todo en San-Mandé, al carnicero, al que les vendía la avena, porque, á pesar de la miseria de los años, aún habia caballos en la cuadra. Y siempre la casa

en gran pié, mesa de Estado, apariencias de lujo con siniestras privaciones por encima de todo. Las ropas reales, marcadas con la corona, se rompian y agujereaban en los armarios y no se reemplazaban. Las cocheras estaban vacías, las grandes piezas de plata empuñadas; y la servidumbre, apenas suficiente, quedaba á menudo muchas veces sin ver un céntimo. Todos estos detalles los sabia Tom por Lebeau, el ayuda de cámara, que asimismo le habia contado la historia de los doscientos millones propuestos por la Diecha de Leibach y la escena á la que habian dado lugar.

Desde que el rey sabia que habia doscientos millones contra un rasgo de pluma, ya no era el mismo, no reia, no hablaba, guardaba siempre aquella idea fija como un punto neurálgico en un mismo lado de la frente. Con todo, nada habia cambiado en su servicio particular: secretario, ayuda de cámara, cochero, lacayos. El mismo lujo costoso de mueblaje y trato. Aquella Federica, llena de orgullosa rabia, creyendo ocultar á todos su pobreza á fuerza de altanería, jamás hubiera permitido que el rey se viese privado de nada. Cuando, por casualidad, éste comía en la calle Herbillon, la mesa debia estar lujosamente servida. Lo que sí le faltaba, lo que ella no podia proporcionarle era dinero para el club, el juego y las mujeres. Evidentemente esto último haria sucumbir al rey. Una mañana, despues de una larga velada en el *bacarat* y en el golfo, no pudiendo pagar, no queriendo deber, ¡Cristian de Iliria expuesto en un cartel en el Gran Club! tomaria su bella pluma y firmaria con un rasgo su dimision de monarca. Esto ya hubiera sucedido sin el viejo Rosen que, secretamente, á pesar de la prohibicion de Federica, volvia á empezar á pagar por monseñor. Así, pues, el plan era de hacerle traspasar el nivel de las insignificantes deudas corrientes, arrastrarle á verdaderas deudas, á compromisos múltiples á que no alcanzasen los recursos del anciano duque. Esto exigia un adelanto considerable de dinero.

—Este negocio,—decia Tom Levis,—es tan bueno, que los

fondos no nos faltarán. Lo mejor sería hablar de ello al tío Lecman y operar en familia. Solo lo que me inquieta es el gran sorteo, es la mujer.

—¿Qué mujer?—preguntó Séfora dilatando su ingénua mirada.

—La que se encargará de echar la cuerda al cuello del rey. Necesitamos una verdadera devoradora (1), una muchacha formal y de sólido estómago, que ataque al momento á los platos fuertes.

—¿Amy Ferat, por ventura?...

—¡Ah! ¡quita allá! gastada... archigastada... Y luego que no es bastante formal. Cena, canta, se divierte como una chiquilla. No es mujer para fundir un millón por mes, tranquilamente, sin que se eche de ver, vendiéndose en detalle, por centímetro cuadrado y más cara que un terreno en la calle de la Paz.

—¡Oh! Yo bien sé cómo se debe manejar la cosa,—dijo Séfora pensativa...—pero, ¿quién?

—Eso es... ¿quién?

Y la risa silenciosa que se cruzó entre ambos valía una asociación.

—¡Bah! puesto que tú ya has empezado...

—¡Cómo! ¿Sabes que?...

—¿Acaso no he visto su juego cuando te mira y sus estaciones cerca de la verja en cuanto cree que yo he salido? Además que no hace ningun misterio de ello y cuenta su amor á quien quiere oirlo..... Hasta lo ha escrito y firmado en el libro del club.

Al saber la historia de la apuesta, la tranquila Séfora se conmovió.

—¡Ah! ¿de veras?... Dos mil luises á que dormiría con... ¡Pues ya!... ¡eso es demasiado!

(1) Mangeuse.—No hay equivalente en español; significa una mujer que devora capitales de un amante.—N. del T.

Y se levantó, dió algunos paseos para sacudir su cólera, y luego volviendo á su marido,

—Ya sabes, Tom, que hace tres meses que tengo á ese gran tonto colgado de mis faldas... Pues bien... ¡mira... ni esto!

Y se oyó el chasquido de una uña contra un diente que estaba pronto á morder.

Y no mentía. Desde el tiempo en que él andaba á la caza, sólo había conseguido tocar la punta de sus dedos, morder á su lado los mangos de las plumas y embriagarse al roce de sus vestidos. Nunca le había sucedido otro tanto á aquel príncipe encantador, mimado por las mujeres, asaltado por sonrisas enloquecedoras y cartas perfumadas. Su linda rizada cabeza, en que había quedado la marca de una corona, la leyenda heróica sabiamente estendida por la reina, y sobre todo el perfume de seducción que envuelve á los seres amados, le habían valido verdaderos triunfos en el barrio.

Más de una jóven hubiera podido mostrar, acurrucado en un divan de tocador aristocrático, un *oustiti* de la jaula real; y el mundo de bastidores, en general monárquico y buen pensador, daba gran importancia á cualquiera de aquellas sílfides el tener en su álbum el retrato de Christian II como recuerdo.

Este hombre, acostumbrado á que los ojos, los labios y los corazones se lanzasen hácia él, á no dirigir su mirada sin causar un seguro estremecimiento, se consumía hacia meses en frente de la naturaleza más tranquila y más fría. Ella era la cajera modelo: contaba, eseribia, revolvia los pesados libros, no mostrando al suspirante más que la curva aterciopelada de su perfil, con una vibrante sonrisa en el extremo de los ojos, al borde de las pestañas. El capricho del slavo se divirtió al principio con esta lucha, el amor propio tuvo su parte también, todas las miradas del Club estaban fijas en él, y esto concluyó por ser una verdadera pasión, alimentada por el vacío de aquella desocupada existencia, en que la llama subía derecha, sin obstáculo alguno. Llegaba allí todos los días á las cinco, el bello momento de los días de

París, la hora de las visitas, en que se deciden los placeres de la noche; y poco á poco los jóvenes del Club, que tomaban un bocado en la agencia y hacían la rosea á Séfora, cedían respetuosamente el puesto. Como esta desercion disminuía la cifra de los pequeños negocios corrientes, aumentó la frialdad de la dama; y como el leon de Iliria no producía ya nada, ella empezó á hacer conocer á Christian que ya la iba incomodando, que monopolizaba demasiado régicamente la puerta entreabierta de su despacho, cuando todo esto cambió de repente, de un dia á otro, al dia siguiente de su conversacion con Tom.

—Anoche vieron á V. M. en las Fantasías.....

A esta pregunta, apoyada con una mirada ansiosa y triste, Christian II se sintió conmovido dulcemente.

—En efecto... allí estuve...

—¿Solo?

—Eso.....

—¡Ah!... ¡Hay mujeres muy felices!

De pronto, para atenuar la provocacion de su frase, añadió que hacia tiempo tenia un deseo loco de ir á aquel teatrillo «á ver á la bailarina sueca, ya sabeis...» Pero su marido no la llevaba á ninguna parte.

El la propuso llevarla.

—¡Oh! Sois demasiado conocido.

—Quedándome oculto en el fondo del palco...

En una palabra, quedaron citados para el dia siguiente, porque justamente Tom pasaria la noche fuera de casa. ¡Qué deliciosa escapatoria! Ella, en la delantera del palco, vestida honesta y discretamente, embriagada con una alegría de niño mirando el baile de aquella extranjera que tuvo en París su hora de celebridad, una sueca de pequeño rostro, gestos magnéticos, mostrando, bajo sus rubios rizados, ojos brillantes y negros que ocupaban todo el iris, ojos de reptil, y en sus bruscos y silenciosos saltos, vestida completamente de negro, al azoramiento ciego de un gran murciélago.

—¡Cuánto me divierto!... ¡Cuánto me divierto!—decía Séfora.

Y el rey, vividor, inmóvil detrás de ella, con una caja de pastillas sobre las rodillas, no recordaba voluptuosidad más dulce que el contacto de aquel brazo desnudo bajo el encaje, que aquel aliento fresco que se volvía hácia él. Christian quiso acompañarla á la estacion de San Lázaro, puesto que ella se volvía al campo, y en el carruaje, en un momento de arrebató, la ciñó con sus brazos, estrechándola contra su corazón.

—¡Oh!—dijo ella tristemente.—Vais á matar todo mi placer.

La inmensa sala de espera de primera clase estaba desierta, mal alumbrada. Sentados ambos en un banco, Séfora, tiritando, se abrigaba en la forrada pelliza de Christian. Aquí no tenia miedo, se abandonaba, hablaba al rey con voz baja, al oído. De tiempo en tiempo pasaba algun empleado balanceando su linterna, ó alguna banda de cómicos que volvían á sus casas despues de la funcion. Entre estos, una pareja tiernamente enlazada, pasaba misteriosamente separada de los demás.

—¡Qué felices son!—murmuraba Séfora.—Ni lazos... ni deberes... Seguid los impulsos del corazón... Todo lo demás es una pura farsa.

Ella sabia algo de esto, ¡ay! De repente, como arrastrada por un motivo desconocido, le contó su triste existencia con una sinceridad que le impresionó, las emboscadas, las tentaciones de las calles de París para una jóven á quien la avaricia hizo pobre, el siniestro mercado cuando llegó á los diez y seis años, los cuatro años pasados al lado de aquel viejo para quien no habia sido más que una enfermera; en seguida, no queriendo volver á caer en la tienda traficante del tío Leemans, la necesidad de un guía, de un apoyo que le habia hecho casarse con aquel Tom Levis, un hombre de dinero. Ella se habia dado, sacrificado, privado de todo placer, enterrada viva en el campo, luego ocupada en aquel trabajo de empleado, y esto sin un obsequio, sin una gracia de aquel ambicioso, todo á sus negocios, que á la menor señal de independencía, al menor deseo de vivir,

oponia siempre aquel pasado de que ella no era responsable.

—Ese pasado,—dijo levantándose, que me ha valido el sangriento ultraje firmado con vuestro nombre en el libro del gran Club. La campana, dando la señal de partida, detuvo, justamente donde convenia, aquel pequeño efecto teatral. Ella se alejó con ligero paso que seguian las negras ondulaciones de su traje, envió á Christian un saludo con los ojos, con la mano, y le dejó estupefacto, inmóvil, aturdido de lo que acababa de oír... ¡Con que ella sabia!... ¿Cómo?... ¡Oh! Cuánto se reprochaba su cobardía y su farfantonería... Toda la noche la pasó escribiendo, pidiendo perdón en un francés sembrado con todas las flores de su poesía nacional, que compara la bien amada á la tierna tórtola y al rosado fruto de la acerola.

Maravillosa invencion la de Séfora, el reproche de la apuesta. Esto le daba un triunfo sobre el rey, y por mucho tiempo. Esto explicaba tambien aquella prolongada frialdad, aquella acojida casi enemiga, y el prudente regateo que iba á hacer de toda su persona. Un hombre, ¿no debe soportarlo todo de aquella á quien ha hecho una semejante afrenta? Christian se convirtió en esclavo tímido y dócil á todos sus caprichos, el sigisbeo en título, á vista y ciencia de todo París; y si la belleza de la dama podia servirle de excusa á los ojos del mundo, la amistad, la familiaridad con el marido no tenia nada de satisfactorio. «Mi amigo Christian II...»—decia Tom Levis, irguiéndose con orgullo. Una vez tuvo la fantasía de recibirle en Courbevoie, solo para causar á los Spricht una de aquellas rabias celosas que aceleraban los dias del ilustre industrial. El rey recorrió la casa y el parque, montó en el yacht, consintió en dejarse fotografiar sobre la escalinata en medio de los *castellanos*, que querian eternizar el recuerdo de aquel inolvidable dia, y por la noche, mientras que en honor de S. M. se quemaban fuegos artificiales que el Sena reproducia, Séfora, apoyada en el brazo de Christian, le decia paseándose por entre las olmedillas, iluminada por la blanca luz de una bengala.

—¡Oh! cuánto os amaria, ¡si no fuérais rey!

Era una primera confesion, y por cierto bien diestra. Todas las queridas que habia tenido hasta entonces adoraban en él al soberano, al título glorioso, al árbol genealógico. Esta le amaba por él mismo «¡Si no fuérais rey!... Lo era tan poco, que le hubiera sacrificado voluntariamente el pedazo de la púrpura dinástica que apenas le colgaba de los hombros.

Otra vez ella se explicaba mucho mejor. Al verle inquieto por su tristeza y su llanto,

—Lloro, porque acaso no nos volvamos á ver en algun tiempo,—le contestaba.

—¿Y por qué?

—Mi marido me ha dicho, hace un momento, que los negocios marchaban demasiado mal para continuar en Francia, que era necesario cerrar la tienda y tratar de instalarse en otra parte...

—¿Y os llevará con él?

—¡Oh! Yo no soy más que un estorbo para su ambicion... Me ha dicho: «Ven, si quieres...» Con todo, es preciso que me vaya con él... ¿Qué sería de mí sola aquí?

—¡Ingrata! ¿Acaso no estoy aquí yo?

Ella le miró fijamente á los ojos.

—Sí, es verdad, vos me amais... y yo tambien os amo... Pudiera muy bien perteneceros, sin obstáculo... Pero, no, es imposible...

—¿Imposible?—preguntó Christian, ansioso de poseer aquel paraíso entreabierto.

—Estais demasiado alto para Séfora Levis, monseñor...—Y él con una adorable fatuidad.

—Es que yo os elevaré hasta mí... Os haré condesa, duquesa. Es uno de los derechos que me quedan; y encontraremos en algun rincón de París un nido de enamorados en que os instalaré de una manera digna de vuestro rango, y en donde viviremos solos, enteramente solos.

—¡Oh, eso sería demasiado bello!

Ella soñaba, alzando sus ojos de niña, cándidos y humedecidos. Luego con un arranque,

—No, no; sois rey... Un día, en plena dicha, me abandonaréis...

—Jamás.

—¿Y si os llamasen?...

—¿De dónde?... ¿de la Iliria?... Eso ya se ha concluido, todo está roto para siempre... El año pasado no aproveché una de esas ocasiones que jamás se presentan dos veces.

—¿De verás?—dijo Séfora con una alegría que no era fingida...—¡Oh! si estuviera segura de ello...

Christian tuvo en sus lábios una palabra para contestarla, pero no la dijo; sin embargo, ella la entendió perfectamente, y por la noche J. Tom Levis, enterado de todo, declaró solemnemente que «había llegado el caso... que era preciso prevenir al padre...»

Seducido, como su hija, por la imaginación, la charla comunicativa, la facundia inventiva de Tom Levis, Leemans había colocado varias veces su dinero en las jugadas de la agencia. Después de haber ganado, había perdido, siguiendo la suerte del juego; pero cuando se vió arrollado,—como él decía,—por dos ó tres veces, el buen hombre tomó su partido.

No recriminó á nadie; no se arrebató, conociendo perfectamente los negocios y detestando las palabras inútiles; solo cuando su yerno llegó á hablarle de comanditas para uno de aquellos castillos en el aire, que su elocuencia elevaba á los cielos, el ropavejero tuvo una sardónica sonrisa que claramente significaba: «N... o... no...» y un modo de bajar los párpados que parecía atraer á la razón, al nivel de las cosas factibles, las extravagancias de Tom. El otro adivinaba este resultado; y como deseaba, y muy prudentemente, que el negocio de Iliria no saliese de la familia, envió á Séfora á su padre, que al envejecer se encontraba poseído de una ciega afección por su única hija, en la que se sentía renacer.

Después de la muerte de su mujer, Leemans había cedido su almacén de curiosidades de la calle de la Paz, contentándose con su prendería. Allí fué á donde Séfora lo fué á buscar una mañana temprano; para estar segura de encontrarlo, porque el viejo paraba muy poco en su casa. Inmensamente rico y retirado del tráfico, al ménos en apariencia, continuaba curioseando por todo París desde la mañana hasta la noche, recorriendo las tiendas, siguiendo las ventas, buscando el olor, las emanaciones de los negocios, y, sobre todo, vigilando con una maravillosa agudeza á una porción de pequeños prenderos, comerciantes de cuadros, industriales, quinquilleros con quienes estaba en sociedad, sin confesarlo por miedo de que se sospechase su fortuna.

Séfora, por un capricho, un recuerdo de su juventud, fué á pié á la calle Eginhard desde la calle Real, siguiendo casi el camino que en otro tiempo conducía á su almacén. No eran aún las ocho de la mañana. El aire era fresquito, los carruajes, aún raros, y hácia la Bastilla quedaba aun del alba una nube anaranjada, en la que el génio dorado de la columna parecía bañar sus alas. De todos lados, por todas las calles afluentes salía un enjambre de muchachas del barrio que iban á su trabajo. Si el príncipe Axel se hubiera levantado temprano para ver la bajada, hubiera quedado satisfecho aquella mañana. Por dos, por tres, charlando, listas, andando á prisa, ganaban los hormigueantes talleres de las calles de San Martín, San Dionisio, Vieja del Temple, y algunas raras elegantes los almacenes de los boulevares más distantes, y que se abrían más tarde.

No era la animación de la tardecita, cuando, terminado el trabajo, llena la cabeza de todo un día de París, vuelven á sus moradas con alboroto, risas y muchas veces con el sentimiento de no tener un lujo entrevisto que hace parecer más alta la guardilla y la escalera más sombría. Pero si aún había algún sueño en aquellas jóvenes cabezas, el reposo las había prodigado una especie de frescura que completaban los cabellos cuida-



dosamente peinados, el lazo de cinta anudado en las trenzas ó bajo la barba, y el aseo y limpieza de sus negros trajes. Aquí y allí se veía una joya falsa en la punta de una orejita rosada por el frío, un peine rutilante, los destellos de un broche en la cintura, la línea blanca de un periódico doblado y medio encerrado en el bolsillo de un waterproof. ¡Y qué priesa, qué valor! Lijeras capas, vestidos sencillos, el paso mal seguro sobre tacones demasiado altos, que el mucho andar había torcido. Y en todas el deseo, la vocación de la coquetería, cierto modo de andar con la cabeza alta y la mirada al frente, con la curiosidad de lo que produciría el día que empezaba; naturalezas prontas á la casualidad como su tipo parisien, que no es solo uno, está pronto á todas las transformaciones.

Séfora no era sentimental, y nunca veía nada fuera de las cosas y de lo presente; sin embargo, la divertía aquel pisoteo confuso, aquel ruidoso apresuramiento que sentía á su alrededor. Sobre todos aquellos alegres rostros encontraba su juventud, así como la encontraba también en aquel cielo natural, en aquel viejo barrio tan curioso, de que cada calle ostenta en su ángulo sobre un cuadro el nombre de los notables comerciantes, y que no había cambiado desde hacía quince años. Al pasar bajo la negra bóveda que servía de entrada á la calle Eginhard, del lado de San Pablo, encontró el largo balandran del rabino, que se dirigía á la vecina sinagoga; dos pasos más lejos al matador de ratones con su machete y su tablilla, de la que pendían los cadáveres velludos, tipo del antiguo París, que no se encuentra más que en aquel pastel de casas enmohecidas, en donde todos los ratones de la ciudad tienen su cuartel general; más lejos aún un cochero de plaza que todas las mañanas de su vida obrera había visto ir del mismo modo, con sus grandes botas, poco habituado á andar á pié, teniendo en su mano, derecho como el cirio de un monacillo, el látigo, que es la espada del cochero, la insignia de su grado, que jamás abandona. A la puerta de dos ó tres tiendas que componían toda la calle, y de las que se quitaban las contra-

ventanas, vió colgados los mismos racimos de harapos, oyó la misma gerga hebráica y tudésca; y cuando, después de haber franqueado el pórtico bajo de la casa paterna y los cuatro escalones que conducían á la prendería, tiró del cordón de la resquebrajada campanilla, le pareció que tenía quince años ménos sobre sus hombros, quince años que, á decir verdad, nada pesaban.

Lo mismo que entonces, salió á abrir la Darnet, una robusta auvernesa, cuya luciente y coloreada faz con manchas sombrías, el pañuelo de yerbas, estrechamente anudado á la cintura, la cofia negra, con cenefa blanca, parecían llevar el duelo de una carbonería. Su papel en la casa era visible, nada más al observar su modo de abrir la puerta á Séfora, nada más al notar la contraída sonrisa que ya frente á frente, cambiaron ambas mujeres.

—¿Está mi padre?

—Sí, señora... En el taller... Voy á llamarlo.

—Es inútil... Sé dónde está...

Y atravesó la antecámara, el salón, y recorrió en cuatro pasos el jardín—pero negro entre cuatro paredes, y en el que crecían algunos árboles—lleno de innumerables trastos viejos, ferretería, trozos de plomo, baraandas destrozadas, gruesas cadenas, cuyo metal oxidado formaba juego con el tono verdoso de la antigua fuente del jardín. A un lado se hallaba un cobertizo rebosando restos, armazones de muebles destrozados de todos tiempos, con amontonamiento de tapicerías arrolladas en un rincón; y al otro, un taller todo de cristales deslustrados para huir de las indiscreciones de los pisos vecinos. Allí subían hasta el techo, en un aparente desorden, un conjunto de riquezas, conocidas sólo del viejo en su justo valor, linternas, arañas, lámparas, panoplias, jardineras, pebeteros, bronces exóticos ó antiguos. En el fondo se veían dos hornillos de fragua y bancos de carpintero y cerrajero. Allí era donde el prendero renovaba, copiaba, rejuvenecía los antiguos modelos con una habilidad prodigiosa y una paciencia de beneditino.

En otro tiempo el ruido era continuo desde la mañana hasta la noche, producido por seis ú ocho obreros que rodeaban al maestro; ahora no se oía más que el choque de un martillo sobre el metal fino, el chirrido de una lima, demostrando únicamente que la prendería no estaba muerta, la luz de una lámpara encendida por las noches.

Cuando entró su hija, el viejo Leemans, con un delantal de cuero, remangadas las mangas de la camisa sobre brazos velludos y rubios como si estuviesen cubiertos con limaduras de cobre, estaba en vías de forjar un candelero Luis XIII, cuyo modelo tenía ante la vista. Al ruido de la puerta, alzó su rubicunda cabeza, perdida en una cabellera y una barba blanco-rojizas, y frunció sus desiguales y espesas cejas, á través de las que salía su mirada, como á tra vés de los erizados pelos de un grife.

—Buenos días, papá,—dijo Séfora, que fingió no ver en el adusto gesto del buen hombre, que trataba de ocultar su trabajo; porque no le gustaba ser incomodado ni apercebido en su trabajo.

—¿Eres tú, niña?

Y frotó su repugnante hocico con aquellas dos suaves mejillas.

—¿Qué te sucede?...—preguntó él llevándola hácia el jardín...—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—Tengo que deciros una cosa muy importante.

—Pues vamos.

Y la condujo hácia la casa.

—¡Oh!... Ya sabéis que no quiero que la Darnet esté allí.

—Bueno, bueno,—dijo el viejo sonriendo entre dientes; y a entrar gritó á la criada, que estaba limpiando un magnífico espejo de Venecia:

—Darnet, vete al jardín á ver si estoy allí.

El tono con que dijo esto, probaba que el viejo padre no había aún abdicado en las manos de su esclava favorita. Se que-

daron, pues, solos el padre y la hija en el saloncillo modestamente arreglado, cuyos muebles cubiertos de fundas blancas, y alfombrillas de lana al pié de las sillas, contrastaba con la confusión de riquezas polvorosas amontonadas en el cobertizo y el taller. Semejante á esos finos cocineros que sólo prefieren los más simples manjares, el tío Leemans, tan experto y tan curioso en obras de arte, no poseía en su casa el menor objeto, demostrando con esto lo comerciante que era, estimando, traficando, cambiando, sin pasión ni pena, no como esos artistas de chusquerías que antes de ceder una rareza se apuran sobre el modo que empleara el aficionado para hacerla valer. En las paredes sólo se veía su gran retrato de cuerpo entero firmado por Wattelet, representándole en medio de su ferretería, en plena fragua. Estaba, sí, un poco ménos blanco, pero no cambiado, siempre seco, siempre encorvado, siempre con su cabeza de hombre-perro de barba rutilante y chata, que sólo dejaba ver del rostro una nariz enrojecida por una inflamación perpétua, y que daba un aspecto de borracho á aquel sóbrio bebedor de té. El cuadro era la única marca característica de la sala, con un libro de misa puesto de canto sobre la mesa.

Leemans debía muy buenos oficios á aquel libro; en aquello se distinguía de sus competidores el viejo descreído de Schwalbach, la madre Esau y los otros originarios de *Ghetto*, al paso que él era cristiano, aunque casado por amor con una judía, seguía cristiano y hasta católico. Esto le servía mucho con su aristocrática clientela; oía misa en el oratorio de las señoras condesas Mallet y Sismondo; se mostraba el domingo en Santo Tomás de Aquino y en Santa Cecilia, á donde iban sus mejores clientes, al paso que por su mujer frecuentaba las casas de los grandes banqueros israelitas. Al envejecer aquel fariseo religioso, se había convertido en un pliegue, en una costumbre, y muchas veces, por la mañana, al ir á sus negocios, entraba en San Pablo á tomar, según decía, *un pedacito de misa*, porque cuando así lo hacía, todo le salía bien aquel día.

—Vamos, ¿qué hay?—dijo mirando á su hija socarronamente.

—Un gran negocio.

Y sacó de su cartera un paquete de billetes ó pagarés, garantizados con la firma de Christian.

—Es preciso realizar esto... ¿Quieres?

Nada más que al ver la letra, el viejo hizo un gesto que arrugó toda su cara, haciéndola casi desaparecer entre su parte peluda con el movimiento de un erizo que se pone en defensa.

—¡Papel de Ilirial... Gracias, lo conozco perfectamente... Preciso es que tu marido esté loco para encargarte de semejante comisión... Veamos, ¿estais verdaderamente así?

Sin conmoverse por aquella acogida que ella esperaba,

—Escucha,—le dijo,—y con su aire tranquilo le contó el asunto, la gran jugada, en detalle, con pruebas fehacientes, el número del *Quernaro*, en que se hallaba la sesion de la Dieta, las cartas de Lebeau que les tenían al corriente de la situación... El rey, enamorado, loco, se ocupaba de instalar su dicha. Un hotel magnífico en la avenida de Mesina, casa montada, carruajes, todo para su dama, pronto á firmar tantos billetes cuantos fuesen necesarios al interés que se quisiera... Entónces, Leemans abrió los oídos, haciendo objeciones, preguntando, escudriñando todos los rincones de aquel negocio tan sábiamente manipulado.

—¿A qué plazo?

—A tres meses.

—¿Con que en tres meses?...

—En tres meses...

El hizo el ademán de apretar un nudo corredizo, plegando dulcemente sus tranquilos lábios.

—¿Y el interés?...

—El que tú quieras... Cuanto más pesados sean los efectos, mejor para nosotros... Es preciso que no tenga más recurso que firmar su renuncia.

—Y una vez firmada...

—Eso es cosa de la mujer... Tiene en su poder un caballero que vale doscientos millones...

—¿Y si se lo guarda todo para ella?... Necesitamos una mujer muy segura...

—Estamos seguros de ella.

—¿Y quién es?

—No la conoces,—dijo Séfora impasiblemente, guardando todos aquellos papeluchos en su cartera...

—¡Pero, espera, mujer!—dijo el viejo con ansia —¡Es mucho dinero, vaya!... Una entrega considerable de fondos... Hablaré á Pichery.

—Ten cuidado, papá... no deben ser muchos en el negocio... Ya somos nosotros dos, Lebeau, tú... Si quieres que entren más...

—Pichery solamente... Ya conoces que yo solo no puedo... Es mucho dinero... mucho dinero...

—¡Oh!... mucho más se ha de necesitar,—añadió ella friamente.

Silencio. El viejo reflexionaba, abrigando un pensamiento bajo su ruda cabellera.

—En fin... consiento... Entro en el negocio; pero con una condición. Va á ser preciso amueblar como se debe esa casa de la avenida de Mesina. Yo proporcionaré todo.

En tráficos de usurero, el prendero enseñaba las uñas. Séfora lanzó una sonora carcajada.

—¡Oh! ¡trapo viejo! ¡trapo viejo!—decía, sirviéndose de una frase que encontraba de repente en el aire de la prendería, y que contrastaba con la distincion-de su aspecto y de su traje.—Vamos, queda convenido, papá. Tú proporcionarás todo... pero nada de la coleccion de mamá, ¿entiendes?

Bajo la hipócrita etiqueta. Coleccion de madama Leemans, el prendero había agrupado una porcion de objetos inútiles, invendibles, de que se deshacía magníficamente gracias á aquella farsa sentimental, no separando del lote reliquias de su querida difunta, más que lo que se le pagaba á peso de oro.

—Ya me entiendes, viejecito... nada de trampas ni de farsas... Esa señora lo entiende.

—¿Con que lo entiende?—dijo el viejo, pero entre sus dientes.

—Tanto como tú y como yo, lo repito.

—Pero vamos á ver...

Y acercó su hocico al lindo rostro, y entre los dos se veía escrita la chalanería, tanto sobre el viejo pergamino como sobre el pétalo de la rosa.

—Pero, vamos á ver, ¿quién es esa mujer? Bien puedes decirme, puesto que soy del negocio.

—Es...

Séfora se detuvo un momento, ató las bridas de su sombrero bajo el óvalo de su rostro, lanzó al espejo una mirada satisfecha de mujer linda, á la que se mezclaba un nuevo orgullo.

—Es la condesa de Spalato...—dijo grave y solemnemente.

## IX

## En la Academia.

El clásico palacio que duerme bajo el plomo de su cúpula, al extremo del puente de las Artes, á la entrada del París de estudio, tenía cierta mañana un aspecto de vida insólito, y parecía adelantarse fuera de la línea del malecon. A pesar de las lluvias, una de esas lluvias de Junio que llega siempre á chaparrones, la multitud se oprimía bajo la escalinata de la puerta principal, se desarrollaba en cola de teatro ó de Banco y corría bajo la bóveda de la calle del Sena; una multitud con guantes, elegantemente vestida, discreta, que se aburría con paciencia, sabiendo que entraría, que iba á entrar, como así lo manifestaban las tarjetas de diferentes colores, brillantes en medio del chubasco, de que cada uno se hallaba provisto. Asimismo los carruajes tomaban la fila sobre el desierto malecon de la Moneda; todo lo que París contiene de lujosos equipajes, libreas coquetas ó expléridas, democráticamente abrigadas con paraguas ó impermeables, dejando ver las pelucas en martillo, el dorado de los galones, y sobre los bruñidos tableros los escudos, grandes blasones de Francia y de Europa, y hasta régias divisas, como una